



ODA Á MARÍA

[en el jubileo de la Inmaculada Concepción]



ODA Á MARÍA

[en el jubileo de la Inmaculada Concepción]



UIÉN diera hoy á mi lira, ¡Virgen pura!,
Acentos de dulzura,
De celeste armonía, de terneza,
Para cantar tu nombre venerado,
Tu sér inmaculado,
Tu infinita bondad y tu belleza!

Quisiera de la tórtola el arrullo,
El plácido murmullo
De la fuente serpeando entre las flores,
De las ondas del lago el suave ruido,
De la brisa el gemido
Y del espeso bosque los rumores;

Del amor el lenguaje ardiente y vivo,
Ese idioma expresivo
Del corazón que en gratitud rebosa;
Para juntos enviártelos, María,
Hasta tu trono, hoy día,
Como una ofrenda exígua, pero hermosa.

Mas, ¿qué podré ofrecerte, si hoy deploro
 Cuán poco yo atesoro
En mi cerebro inquieto y fatigado?.....
Acepta sólo mi cariño inmenso;
 Eres Madre, y yo pienso
Que éste es el dón por tí más apreciado.

Acepta mis más nobles sentimientos,
 Los altos pensamientos
Que de tí abrigo y que expresar no es dable;
Porque el amor filial, puro y tranquilo,
 Encuentra eterno asilo
En nuestra alma, pero es inexplicable.



¡Señor!: cuando con brazo poderoso
 Del Caos pavoroso
Formaste soles, fúlgidos cometas,
Esferas mil que giran incesantes,
 Estrellas rutilantes
Que pueblan la región de los planetas;

La Nada al transformar con tus acentos
 En mares turbulentos,
En torrentes, en valles, en alturas;
Al infundir tu soplo soberano
 Una alma al cuerpo humano:
¡Grandioso complemento á tus hechuras!;

Tu grandeza ostentaste prepotente,
 Sublime, indeficiente.....
Mas, cuando en los arcanos de tu ciencia
A MARÍA creaste; ¡oh Dios!, comprendo
 [Perdóna si te ofendo]
Que se agotó tu magna Omnipotencia!

La hiciste el bello ideal de perfecciones,
Pusiste en sus acciones
El sello del amor, que todo alcanza;
De la excelsa virtud el gran modelo,
El encanto del cielo
Y del mundo el sostén y la esperanza.

Ella refrena al mar enfurecido,
Al huracán temido
Y al rayo aterrador que ronco estalla;
Y brotan de sus labios virginales
Consuelos á raudales
Para el humano pecho que batalla.

Ella tiñe de púrpura á la aurora;
Da luz deslumbradora
Al lucero que brilla cual diamante;
Con su voz apacigua la tormenta,
Y reanima y alienta
Al corazón marchito, agonizante.

De la niñez resguarda la inocencia;
En la guerra, clemencia
Infunde al vencedor hacia el vencido;
Ella añade atractivo á la dulzura,
Belleza á la hermosura
E inspiración al genio esclarecido.

María es toda luz, toda pureza,
Símbolo de ternura
Y manantial fecundo de alegría;
Su bondad maternal todo lo llena,
Y es el mágico emblema
De cuanto encierra amor y poesía.

*
* *

De imperfección ó sombra ¿qué hay excento?

El bello firmamento
Opacan densas nubes tempestuosas;
El mar más cristalino y más sereno
Contiene inmundo cieno,
Y en las selvas hay sierpes venenosas.

Tiene manchas el sol y hasta el diamante;
El alma más constante
En la virtud, abriga imperfecciones;
Acompaña al valor algún recelo,
Y el más ferviente anhelo
Esconde, á su pesar, vacilaciones.

Hay misterios profundos en la ciencia;
La vasta inteligencia
Dudas encuentra en cada pensamiento;
Congojas guarda el corazón más fuerte;
La Vida encierra muerte,
Y hasta en el mismo amor hay sufrimiento.

¡María!, sólo en tí se ve grandeza,
Tan sólo tu belleza
No se encuentra por sombras empañada;
Ninguna luz ante tus ojos brilla;
Sólo en tí no hay mancilla,
¡Criatura perfecta, inmaculada!

Si á Dios se mira en el volcán furioso,
En el mar borrascoso
Y en la terrible tempestad que brama,
En el enhiesto monte cuyos hielos
Quieren tocar los cielos
Y en el oscuro nimbo que se inflama;

A tí, ¡oh Madre!, la mente soñadora
Te contempla en la aurora,
En los nidos, las fuentes y las flores,
En toda grata y apacible escena
Donde el alma se llena
De dulzura y solaz encantadores.

Por tí la humanidad goza y se ufana
De apellidarse hermana
De su Autor, de su Padre y Soberano;
Y si á tu manto acógese piadosa,
Le entregas generosa
La llave del Edén que está en tu mano.

Por tí se humanizó cuanto es divino,
Y la Tierra á ser vino
De portentosos dramas escenario;
Y nuestra raza, entónces decaída,
Se miró enaltecida
En la cumbre sublime del Calvario.

*
* * *

Brame el impío, intente en su impotencia
Lanzar de la eminencia
Al eterno Señor de la Natura;
Ruja como el chacal enhambrecido
Al ver cómo ha caído
Deshecha en polvo su febril locura. . . .

No importa: la razón que tiende el vuelo
A la altitud del cielo
Mirará con desprecio su quimera.
Pero ¡infeliz! blasfeme de María,
Y oirá por su osadía
Gritos de indignación por donde quiera.

¡Blasfemar de quien es la fuente pura
De la misma ternura,
De quien llama á sus brazos maternales
A todo corazón, porque quisiera
De mágica manera
Inmortales hacer á los mortales!

¡Qué desvarío! No: mi Patria amada
Bendice entusiasmada
A tí, que eres del Orbe el bello hechizo;
Pues tu sola presencia bastaría,
¡Oh celestial María!,
A tornar el Averno en Paraíso.

Quito, 1904.

FRANCISCO CHIRIBOGA B.

